

habían sido más que distracciones y pasatiempos agradables; y lo mismo que á Lafontaine pueden aplicarse á nuestro poeta aquellas palabras: Dichoso aquél que haciendo obras tan bellas, creía pasar su vida en no hacer nada!

IV

Por entonces se revelaba ya casi en toda su plenitud el carácter de Batres. Diversas circunstancias pudieron influir en ir creando en el fondo de su sér algo tan melancólico y amargo como si la hiel de un dolor permanente se hubiera regado en todas sus venas. Batres por su talento y por su ilustración se había adelantado á la época en que vivía: sus aspiraciones y sus ideas iban mucho más allá de donde llegaban las ideas y aspiraciones de la gran mayoría de las personas que constituían aquí la sociedad, y este desequilibrio había de serle fatal, como en el orden de la vida es fatal para algunos organismos la precocidad del desarrollo corporal ó intelectual que se paga con la muerte. Necesitaba de aire y de luz, de movimiento y de expansión, de estímulos y de manifestaciones de simpatía, de voces de aliento y de palabras de cariño, y en el vacío y la frialdad, la monotonía, la indiferencia y las prevenciones de nuestra vida social, se asfixiaba como el ave que se encierra bajo la campana de la máquina pneumática, languidecía y se secaba como las plantas delicadas de nuestra zona trasplantadas á las tierras del helado Norte, y moría como el que necesitado de aire vigoroso para sus pulmones se encuentra en una altura donde lo rodea una atmósfera enrarecida. Su ingenio chispeante, la agudeza y penetración de su espíritu, la amplitud de sus ideas, sus principios de justicia, de tolerancia y de libre y despreocupado examen, y hasta el mismo vigor de su concepción y la audacia de sus pasiones, todo tenía que contrastar violentamente con una sociedad meticulosa que desdeñaba lo serio para re-

crearse en la ligereza y la frivolidad, que aferrada tenazmente á los actos y memoria de lo pasado, vivía suspirando por lo que fué; y que recordando la expresión de la Biblia, de que á cada día le basta con su malicia propia, no alimentaba ningunos anhelos para lo porvenir, y aún lo presente se le antojaba desteñido y pálido ante el fulgor con que los recuerdos teñían los horizontes de lo pasado. Bien como los tesoros de que va cargado el naufrago no sirven sino para hundirle más pronto entre las olas, los tesoros de inteligencia, de chiste y de donaire con que el espíritu de Batres estaba tan abundantemente enriquecido, en el medio en el que le tocó vivir, de poco habían de valerle más que de un verdadero torcedor. Todos temían la fina ironía de su sonrisa y el chiste ingenioso de su pluma, pero nadie quería corregir los vicios, los defectos y las ridiculeces que darían pábulo á su ingeniosa y delicada sátira ni ofrecerle un campo en que su espíritu se espaciara volando por la altura á que aspiraba.

Batres no estaba en su elemento: sus contemporáneos no alcanzaron á comprender que había en él la delineación de una de esas grandes almas que en Europa se llamaron Byron, Larra, Musset, Heine y Espronceda, en cuyos quebrantos, agotamientos, dolores voluptuosos, pesimismo y amarguras, arranques y destellos, rapidez de la vida y muerte prematura parecen anunciarse todas las penalidades que habían de sufrir en esta época de transición todos los que saben sentir y todos los que saben amar.

La mitología pagana, casi siempre tan profunda y rica de observación y de sentido, y bajo cuyas alegorías se encierran tan trascendentales verdades, refiere que Prometeo robó del cielo el fuego sagrado para traerlo á la tierra y que Júpiter en castigo de su temeridad lo hizo encadenar á una de las rocas del Cáucaso donde una águila le roía las entrañas eternamente renacientes. Esa fábula con la que Esquilo compuso la famosa tragedia de Prometeo encadenado, que ha llegado hasta nosotros, es la expresión de la suerte de los hombres que se levantan sobre el nivel común

y que parecen también haber ido á arrebatarse del cielo las chispas divinas del genio con las que dan calor y luz á la humanidad. Como si la superioridad y el talento extraordinario hubieran de tener siempre una expiación, y como si una divinidad egoísta, celosa y vengativa se propusiera castigar atrocemente á los que en su corazón y en su cerebro llevan encendida la llama celestial de la inspiración, la desgracia, el desencanto y el hastío los persiguen, devorando como gusanos roedores los delicados brotes de la felicidad en cuanto quieren despuntar en el árbol de su vida.

Si es realizable alguna vez ese sueño dorado que llamamos felicidad, ha de serlo quizá exclusivamente para los pobres de pensamiento, de sensibilidad y de ambiciones. No aspirar á más de lo que se posee, no entrever un más allá que constantemente se agita en el horizonte deslumbrándonos con su luz y arrebatándonos con su magnética é irresistible atracción: no formarse ideales encantados ni delirar con brillantes ensueños: no aturdirse ni preocuparse con los problemas del destino de la humanidad ni pretender que los hombres y los hechos sean mejores de lo que son, ni esperar ni pedir de ellos otra cosa que lo que pueden dar, he aquí la fórmula única para realizar esa tranquilidad pasiva que vive ignorante é ignorada, pero tranquila, sosegada y satisfecha, sin envidiar á nadie y sin ser tampoco envidiada por ninguno. Sondeando el arcano de su sér pudo Batres preguntarse muchas veces con el Segismundo de Calderón qué delito había cometido con nacer, y qué delito cometía con pensar y sentir con el empuje con que pensaba y con la fuerza y profundidad con que sentía. Pudo preguntarse con razón si no era más feliz que él el rudo menestral entregado todo el día á un ejercicio mecánico y embrutecedor que, sin recordar el día de ayer ni cavilar para el de mañana, duerme contento por la noche sin zozobras importunas, sin inquietudes ni presentimientos: si no era más feliz el rústico labriego á quien nada aguijonea ni apura, cuyos ojos no ven más allá de las cercas de su campo y cuya inteligencia sólo se preocupa con su ganado y con sus

sembrados; y si no era también aun más feliz que él, encorvado bajo el peso de sus ideas, de sus aspiraciones y de sus sentimientos, el indio á quien como por desquite apellidamos infeliz, encorvado bajo el peso de su carga material, pero cuya mirada nada dice y en cuyos labios brota más bien que la queja del alma, la sonrisa de la indiferencia y de la insensibilidad. Y pudo decir con el acento melancólicamente profundo de Juan Diéguez:

¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

Por desgracia, para las almas de cierto temple ese reposo, y Byron lo confesaba de sí mismo, es el infierno: hay, decía, un fuego del alma que una vez encendido acaba por consumir á todos aquellos de quienes se apodera después de deslumbrarlos con sus resplandores. Eso pasa con los conquistadores, los fundadores de sectas y de sistemas, los sofistas, los poetas, los hombres de Estado, seres apasionados y de incesante movilidad que hacen vibrar fuertemente las fibras de la vida. Los envidia el mundo, pero con cuánta injusticia! Si se vieran todos los agujones que los punzan; si pudiera sacarse á uno de ellos el corazón para que las muchedumbres vieran lo que pasa por él ¡cómo despreciarían todos la gloria y el poder! Y sin embargo, esa agitación es su elemento; cuando les falta los acosan el fastidio y la tristeza, y decaen como llama que no tiene de qué alimentarse y vacila y se extingue, ó quedan como el acero ocioso que se corroe á sí mismo y se llena de orín sin gloria.

Batres como Chenier podía decir tocándose la frente: "aquí hay algo," y al ver el poco aprecio que se hacía de ello, que no se le comprendía y que estaba fuera de su centro: que su ingenio y su ilustración en poco habían de ser tenidos mientras que se estimaban extraordinariamente ciertos frívolos y superficiales adornos, comenzó á dar albergue en su corazón al frío y desconsolador excepticismo. Veía como el Hamlet de Shakespeare en el famoso monó-

logo, que la vida está compuesta de latigazos y desprecios del mundo, de injusticias del opresor, afrentas de los orgullosos, torturas del amor desdeñado, lentitudes de la justicia, insolencia de los hombres del poder, desdenes que el mérito paciente recibe de la indignidad y de la ignorancia, y hubo de sentir que en su alma comenzaba á nacer ese monstruo secreto que sintió alguna vez y que describe Víctor Hugo, esa enfermedad que se alimenta de la sangre de aquellos á quienes acomete, dragón que les roe las entrañas y es la desesperación que habita la noche de su espíritu cuando bajo el silencio exterior hay combates de gigantes como en Homero, luchas de dragones é hidras, de nubarrones y fantasmas como en Milton, y espirales de fatídicas visiones como en el Dante. Al ver que son tan pocas las veces en que se dice lo que se siente y en que se siente lo que se dice, cuán poderosa es la intriga y cuán débil el mérito para escalar los honores y los puestos, cómo bajo las protestas y las efusiones de la amistad suele encubrirse el interés, cómo se sacrifica el amor á la conveniencia, cómo domina el egoísmo, y la hipocresía se hace llamar virtud, y la inmoralidad despreocupación, cuánta es la severidad y adustez con que se juzga á la pobreza digna y cuánta la bajeza y humillación para doblegarse ante la insolencia del poder y del fausto, cómo vive el talento modesto arrinconado y obscurecido mientras la audaz necedad y la ignorancia desvergonzada se apoderan de todo y lo dominan todo; al ver desdeñado y proscrito al ingenio y todo el mundo arrodillado ante los altares del becerro de oro, exageró como todos los pesimistas el desequilibrio exterior y la mala fortuna y las contrariedades propias, creyéndose más desgraciado de lo que era en realidad. Conocía como nadie la dirección que todo llevaba en el mundo, lo pintaba admirablemente, trataba alguna vez de sacudir sus sombrías impresiones y decía:

¡Tremenda sinrazón! pero yo creo
Que el mundo de otra cosa no está lleno;

Lo infiero así de todo cuanto veo,
De mi propio destino y del ajeno:
Siempre llama venal al juez el reo,
El amante al marido llama obsceno,
Al pobre llama infame el usurero
Como el contrabandista al aduanero.

Pero todo va bien; es bueno todo
En nuestro dichosísimo planeta:
Todo está calculado de tal modo
Que reine la armonía mas completa,
En mi querida patria sobre todo,
Al menos consta así de la Gaceta:
Dejémoslo rodar, y mientras rueda
Gastemos bien el tiempo que nos queda.

Mas la jovialidad desaparecía muy pronto, y quedaba el poeta sumergido otra vez en sus amargas reflexiones. Sentía que las ilusiones de que quería coronar su frente se le trocaban en espinas, y al llevar á sus labios la copa del placer, la encontraba acre y repugnante como esas frutas de que habla Tácito en sus historias, que el viajero abrasado por la sed corta de los árboles que algunas veces crecen á orillas del Mar Muerto y que al llevarlas á la boca para refrescarla con su jugo se convierten en ceniza negra y amarga: *atra et inania in cinerem vanescunt*.

Así fué apoderándose de él ese disgusto, ese fastidio y esa melancolía que en medio de los regocijados chistes, de las picarescas burlas, de las saladas expresiones y del derroche de gracejo, tanto más celebrado cuanto más espontáneo, que brotaban en sus escritos y en sus conversaciones íntimas y de confianza, debían de hacer á cuantos le conocían el doloroso efecto del cadáver de una virgen cuyo cadáver se trata de ocultar bajo espesa capa de flores.

De Batres pudiera preguntarse lo que Taine preguntaba

de Alfredo de Musset: ¡cómo tan joven y ya tan cansado! Tantos dones preciosos, un talento tan extraordinario, una gracia tan delicada, una fantasía tan movible y tan rica, una prodigalidad tan admirable de ingenio, y al mismo tiempo, gritos y lágrimas, fastidio y agonía! ¡Qué contraste! Con la misma expresión ríe y maldice: juntos viven en él para luchar y hacerse pedazos, la eterna ilusión de la juventud y el frío dudar de la experiencia. Es poeta y es excéptico!

Esa contradicción se explica por la sensación de vacío que tenía que experimentar. De ahí su reserva, su concentración, su aislamiento: de ahí ese humor huraño que cada cual interpretaba á su manera. No hay qué pedirles explicación de esos síntomas á la inteligencia y al sentimiento vulgar que se detienen en la corteza, y se asombran de que otro pueda pensar y sufrir lo que ellos no piensan y no sufren. Batres, como Lamartine, se imaginaría muchas veces que el que padece tiene que alejarse de la sociedad porque ésta es enemiga natural de los infelices. Como él, creería que un desgraciado es para los demás objeto de triste curiosidad; que le examinan y se complacen en tocar las cuerdas de sus sufrimientos para gozar del placer de estudiar su corazón en el instante de las convulsiones del dolor, como esos cirujanos que tienen suspendidos en la tortura á algunos animales á fin de espiar la circulación de la sangre y el juego de los órganos; y como él, preguntaría quién había de interesarse en la relación de las penas, cuando unos las oyen sin escucharlas, otros con desdén y disgusto, y todos con malignidad.

Lástima que no sea verdad lo que en su historia natural refiere Plinio, de que el rayo no hiere á las águilas ni al árbol de laurel; lástima también que el rayo de la desgracia no respete la cabeza de los hombres de corazón y de genio; pero lástima mayor aún que no tengamos á los infelices como seres sagrados que santifica el respeto público, como tenían los romanos al hombre que quedaba vivo después de ser herido por el rayo del cielo! Al comprender

Batres su situación, al descubrir bajo las apariencias de sencillez y de bondad la intención, la malicia y el interés ocultos, se entristecía y se desencantaba como el que no se satisface con ver desde lejos esas olas del mar con sus espumas tan blancas y brillantes que vienen á romperse cerca de la playa, sino que se acerca á examinarlas y al coger el agua la encuentra impura y llena de cieno y de fragmentos de cádáveres de moluscos. Entonces decía como Revilla:

Feliz el que vive ciego,
Desventurado el que ve!

Entonces repetía con el autor de las Doloras:

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira,
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Entonces exclamaba en el final de unos versos mezclados de chiste y de amargura:

No hay cosa peor ni condición más ruin,
Estado más infame, más cruel
Que tener un esplín como este mío,
Que hasta yo mismo de mi esplín me río.

Entonces salían de sus labios y de su pluma estrofas tan valientes y que revelan todo lo acibarado de su existencia, como las que siguen:

El nombre de la patria me enardece
Porque la adoro, estando persuadido

De ser ella quien menos la merece
De cuantas patrias hay, habrá y ha habido:
Mas como otra no tengo, me parece
Que debo amarla como el ave al nido,
Y á los diablos me doy si considero
Que la quieren vender al extranjero.

En esos momentos prorrumpló en esta exclamación digna
de Espronceda:

¡Oh patria, cara patria, disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto,
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
A fuerza de llorar quedaron secos.

Entonces se describe él á sí mismo en aquel romance de
extraordinaria sencillez en la forma, y con un fondo de
realidad aterradora:

Es un joven desgraciado
Como una rosa marchita,
Frescura y color la quita
El sol que la ha marchitado.
Apenas la sombra quedá
De la forma que perdió:
Ya el olor se disipó,
No hay quién volvérselo pueda.

Huye de todo consuelo,
Que el infeliz no le tiene:
Ni esperanza le mantiene,
Este grato dón del cielo.
En su profundo estupor
Y desesperada calma

Ya no lisonjean su alma
Ni la gloria ni el honor.

.....

Otro hombre jamás ha habido
Que algún bien no haya gozado;
Mas él siempre desgraciado
Y nunca dichoso ha sido.
La esperanza ni una vez
Vino á alimentarle un rato:
No tendrá un recuerdo grato
Con que aliviar su vejez.

Entonces prorrumpló en esta sangrienta epifonema:

Pues aquí hasta las ciencias las estancan
Porque suban y el paso les atracan!

Y entonces también se escuchaban estos apasionados y
desgarradores acentos:

¡Cara y desventurada patria mia!
Con razón barre el polvo tu diadema,
Con razón tu existencia es agonía,
Con razón tu destino es anatema!
¡Por qué no dejas la fatal porfía,
Por qué no abjuras el mortal sistema
De hacer que el sabio en un rincón se oculte
Y en la inacción su mérito sepulte?

¡Ah! si los votos de Batres se hubieran realizado y el
acento de su voz patriótica hubiera tenido eco en la Améri-
ca Central! Si se hubiera tratado de aprovechar las aptitu-
des de cada uno: si haciendo á un lado la pasión y el espí-
ritu de partido y atendiendo sólo á los intereses nacionales,

se hubiera dado calor y estímulo á todos los talentos: si se hubiera ido á buscar la aptitud donde se encontrara y se hubiera sacado al mérito de la inacción y de la oscuridad; en una palabra, si en vez de la ruin parcialidad de bandería ó de la miserable envidia que no pudiendo alcanzar lo que está mas alto que ella, por más que se empine sobre sus piés, trata de rebajarlo pensando que así se le iguala; y que estéril y pequeña detesta todo lo grande y quiere empequeñerlo para que quede á su nivel, y hubiera dominado por el contrario un sentimiento de noble y generosa emulación: si hubiéramos visto como nuéstras, porque lo son de la patria, las glorias de todos nuestros compatriotas y como nuéstras las hubiéramos querido, y con ellas hubiéramos gozado y nos hubiéramos empeñado en alentarlas, extenderlas y darles esplendor, otra muy distinta sería nuestra suerte en todos sentidos, y de modo muy diverso resonaría nuestro nombre aun en medio de nuestra pequeñez. Pero mientras por el contrario, tratemos de acreditar la verdad de aquella desconsoladora sentencia que el mal que se hace nunca trae tantos enemigos como los méritos y buenas cualidades que se poseen, mientras en Centro-América el ingenio no tenga estímulos ni esperanzas, ni el estudio y la consagración porvenir y recompensas, mientras el triunfo no sea del mérito sino de la intriga; y mientras la envidia asustadiza y cobarde pueda proscribir lo que algo vale ó lo que ella en su nerviosa suspicacia se imagina que vale, el progreso general y con él los progresos científicos y literarios han de hacerse desear mucho tiempo y el talento se irá retrayendo y alejando como las golondrinas que al sentir la proximidad de los hielos del invierno, huyen en busca de más benignos climas.

Batres no podía vivir satisfecho, porque era uno de esos hombres de quienes dijo Selgas que les ha concedido la naturaleza el raro privilegio de tener el alma en el corazón: jugadores que siempre pierden, políticos que nunca ganan, acreedores que nunca cobran: los únicos á quienes quitan el sueño las lágrimas ajenas. De temperamento apasiona-

do y ardiente, parece que debiera haber encontrado el remedio de sus dolencias si no en el amor sensual y pasajero del que se habla "como de una botella de buen vino, de un plato de perdiz ó de pescado," en el amor intenso del alma que todo lo suaviza y lo transforma y que todo lo embellece y purifica; pero lejos de eso, el amor vino á aumentar sus ya terribles amarguras. Fenómeno inexplicable! Un hombre de tan viva imaginación, de talento tan claro y despejado y de corazón tan delicado y tan tierno, no lograba interesar el corazón de las bellezas á quienes dirigía su amor! Aquel poeta que en sus versos revela tanto conocimiento del corazón humano, que parece saber tan al dedillo las astucias y evasivas de la mujer, que penetra con tanta gracia en los ardides y recursos de la coquetería, y á quien todos creen tan despreocupado, tan sereno y tan seguro de sí mismo, se encoge, vacila y se pone trémulo al acercarse á la beldad que adora en silencio y al querer hacerle sus protestas de amor! Aquel hombre de tan perspicaz inteligencia, de formas tan suaves, tan amante de la elegancia, de la pulcritud y de la distinción, que sabe pensar y sentir cosas tan buenas y sabe decirlas con tanta gracia y naturalidad, no logra hacerse dueño del afecto de las hermosas con cuya conquista sueña con verdadera pasión y cuyo amor como un bálsamo celestial cerraría las heridas de su alma. El que decía:

Mal la mujer conoce quien presume
A fuerza de suspiros obligarla;
En vano se desvive y se consume
En su necia pasión sin explicarla:
Valor, audacia: en esto se resume
La ciencia del amor, y el resto es charla.

El que supo y pudo expresar:

....Que algunas veces la mujer
Hace burla de aquello que prefiere